

UN BUEN ESCRITOR DE SEGUNDA

Quando me entrevistan suelen centrarse en un aspecto: el haber dejado una profesión saneada, como la de registrador de la propiedad, por otra de mucha menor rentabilidad, como es la de escritor de viajes. **MIQUEL SILVESTRE**

La elección voluntaria de malvivir para vivir suele sorprender a los periodistas. Sin embargo, considero que no es noticioso en absoluto. La mayoría querríamos tener una profesión apasionante antes que una que solo nos diera dinero. La sociedad de hiperconfort en que vivimos ya tiene, como horizonte prioritario del deseo colectivo, la consecución de experiencias enriquecedoras. Si preguntáramos a viandantes al azar si están de acuerdo con mi definición de riqueza como posesión de aquello que no se cambiaría por dinero, con seguridad obtendríamos un mayoritario asentimiento.

Que yo haya querido renunciar al dinero para experimentar una vida de aventuras no es noticioso en absoluto. Lo que sí es noticioso es que realmente lo haya conseguido, que haya hecho mínimamente rentable un contenido que se genera viajando en una sociedad ya ahíta de blogs, redes sociales, vídeos en Youtube, viajeros que escriben gratis y personajes en busca desesperada de noto-

riedad. He viajado durante ocho años y producido una serie de televisión gracias a mi trabajo como narrador. Eso sí es curioso. A mi juicio, la pregunta correctamente planteada no sería: “¿por qué dejó Miquel Silvestre el registro de la propiedad?”, sino “¿qué diablos cuenta Miquel Silvestre para que haya tenido éxito inventándose una profesión que ni siquiera existía?”.

Escribir, simplemente. Escribir furiosamente. Salí del registro no para viajar en moto por viajar en moto, sino para escribir buenas historias. Tras varias novelas publicadas me entregué consciente y deliberadamente a la literatura de viajes pues al leer a Josep Pla y a Kapucinsky me di cuenta de que, al igual que la novela, el relato de viajes permite escribir de todo lo que a uno le interesa, pero con una gran ventaja: no hay necesidad de inventar nada, solo de vivir en primera persona. Y así, si no escribes bien por lo menos habrás tenido una gran vida.

Eso es a lo que me he dedicado en

cuerpo y alma: a vivir y a escribir. Y lo he hecho con frenesí, con entrega, con el sacrificio genuino del asceta. Recuerdo estar en pensiones mugrientas de Zimbabwe o Borneo, la moto aparcada fuera, sucia de barro, y yo sudando dentro de un cuarto caluroso mientras escribía ansiosamente el relato de las horas vividas en la víspera con la obstinación del que no quiere olvidar nada, pues sabe que lo que no escriba no existirá.

Pensé que un modo de enriquecer el relato sería realizando los viajes por mis propios medios, sin depender de transportes públicos, experimentando la gran aventura de cruzar los continentes poco a poco, en un vehículo escueto, desnudo y además hacerlo ligero de equipaje. Y así uní mi fiebre escritora a la icónica estampa de la imagen más perfecta que hemos construido de la libertad: la motocicleta. Valoré si tal vez ese medio de transporte me encerraría en un arquetipo para el público general. Pero me hice una sencilla pregunta “¿si Kapucinsky hubiera



viajado en moto por África, sería *Ébano* mejor o peor libro?" No sé si mejor, pero de lo que estoy seguro es de que nunca sería peor.

Ahora me conoce mucha más gente por mi trabajo audiovisual pero para mí es solo un medio para un fin: llegar a más lectores. Los vídeos me hicieron un personaje popular en Internet y ellos me llevaron a tener una serie de televisión. Pero la realidad es que eso por sí solo no es nada si no hay un respaldo detrás, algo sólido que sustente el edificio, y eso en mi caso son los libros. Y los libros solo se venden si un número suficiente de lectores lo leen y recomiendan. Ahí está todo el misterio de la mercadotecnia: un lector satisfecho y con ganas de compartir su descubrimiento.

Diario de un nómada es una entretenida serie de televisión de La2. Nos lleva al siguiente dilema: leer o ver. Cuando ves tele, observas a otro haciendo algo, viviendo una gran aventura y conociendo gentes diversas. Pero cuando lees eres tú quien vive por ti mismo. El mundo mostrado en pantalla está completo y cerrado, el mundo leído es como un puzle abierto al que le faltan piezas que solo pueden encajar tu imaginación. Un espectador contempla pasiva-

mente, un lector vive activamente.

Coincidiendo con una de las reediciones de mi libro *Un millón de piedras*, encontré un foro de moteros donde uno de los usuarios opinaba negativamente sobre el texto en que narré 15.000 kilómetros en solitario a lo largo de catorce países africanos sobre una vieja BMW. Él quería encontrar datos, pero no "filosofadas en plan literario".

Llevo escribiendo desde que tenía siete años. Los demás niños jugaban al fútbol. Yo leía. Y luego escribía. Pero cuando empecé a escribir novelas me di cuenta de que no soy un genio. Fue una decepción, pero también un aprendizaje de valor incalculable. Una vez le preguntaron a José Luis Sampedro qué quería ser y respondió "un buen escritor de segunda". Yo jamás sería un gran novelista, pero sí podría ser un buen escritor de la vida real. La genialidad es muy escasa y se sobrevive a no tenerla si al menos se puede disfrutar de hacer bien lo que realmente da sentido a nuestra vida.

Los libros de viajes me han hecho un buen escritor de segunda. En ellos está lo mejor de mí. También lo peor. El retrato más nítido de lo que soy, la desnudez perfecta de un memo inexperto dando tumbos por los baches

de continentes terribles, bellos, turbadores y asquerosos. Rodeado de bandidos o policías corruptos, enfermo, eufórico, triste o herido, ese tipo que siempre sale a flote soy el yo más puro que nunca he conocido. También el más torpe, el menos listo y el más vulnerable.

Pero mi retrato no es lo importante. No soy tan especial ni tan diferente. Soy un poco como todos. Como cualquiera. Por eso creo que mis libros han conseguido algo que reconocen muchos lectores: hacerles desear su Gran Viaje. Muchos de quienes los leen se convencen de que el mundo no es tan terrible, de que si un oficinista sin experiencia pudo cruzar África en moto, ellos también podrían un día mandar al carajo casa y trabajo para vivir una aventura real que les transforme y que convierta un puro sueño en gasolina, en cerveza y en aire en la cara.

No he sido un buen novelista. He sido del montón. Sin embargo, como escritor de viajes creo que resulto diferente porque sobre una motocicleta soy todavía ese niño tímido que leía a Homero mientras los demás jugaban al fútbol. Por eso viajo. Para ser un buen escritor de segunda que decepciona a los que buscan una guía de viajes. ■



Diario de un nómada
Miquel Silvestre
Plaza & Janés
448 págs. 18,90 €.



Miquel mirando el fin del mundo

